

# MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO



Laureano López Rodó: El escándalo de Matesa sacó a algunos de sus colaboradores y lo encumbró a él.

por Armando R. Puente

Sin sospecharlo, María Elena Walsh ha sido abandonada de la última y decisiva batalla política de la era franquista: su vals *Los Ejecutivos* se ha convertido en el himno de uno de los bandos —finalmente derrotado—, y hoy lo tararea medio Madrid: aunque, como ocurre con los viejos romances castellanos, nadie sepa quién es su autor.

“¡Ay, qué vivos / son los ejecutivos!” cantan los actores mientras atraviesan la platea y suben al escenario en el que interpretan el *Tartufo* de Molière, adaptado a la España de hoy. Cuando aparece Adolfo Marsillach —director de la pieza y su protagonista— saca unos papeles de su negro portafolio de ejecutivo, y comienza a hacer sumas y restas (“nueve mil millones de pesetas”), el público aplaude tempestuosamente. Nueve mil millones es la suma que la compañía Matesa adeuda al Estado español. El beato, el hipócrita, se ha pasado a la tecnocracia, y todos lo identifican al momento con el *Opus Dei*.

El *Opus* es un instituto secular cuya finalidad consiste —según el anuario pontificio— en “difundir en todas las clases de la sociedad, y especialmente entre los intelectuales”, la aspiración a “alcanzar la perfección cristiana”. La organización interna es secreta. Sus miembros se dividen en varias categorías. Los *numerari* están plenamente consagrados a la Obra y, aunque continúan ejerciendo su profesión en la vida mundana, hacen votos de pobreza, castidad y obediencia. Los *oblati* no ostentan título universitario; profesan los tres votos, pero son de una categoría inferior a los que tienen una carrera. Los *supernumerari* pueden estar casados: hacen mensualmente retiros espirituales y tienen a un sacerdote de la Obra como director espiritual. Los *cooperadores* realizan ciertas prácticas piadosas y ayudan financieramente al *Opus*.

El personaje habla de plan de desarrollo, coyuntura, inflexión de precios, formación del ejecutivo: si esto no fuera bastante, se refiere a Nuestra Obra —los

miembros del instituto están acostumbrados a designarlo así—, y repite varias veces Nuestro Camino; esta última palabra es el título de un librito de 999 máximas escrito por monseñor José María Escrivá de Balaguer, fundador y actual director del *Opus*.

Con *Tartufo 69*, la censura, dependiente del Ministerio de Información, mostró una extraña tolerancia. En el Café Gijón, último refugio madrileño de escritores y artistas, se subraya que el adaptador Enrique Llovet, un brillante escritor y periodista andaluz, habría sido alantado en su tarea por el propio Ministro, Manuel Fraga Iribarne. Sea lo que fuere, el escándalo de Matesa y la obra de Llovet vinieron a precipitar la sorda lucha que oponía dentro del Gobierno, hace meses, a los tecnócratas de un lado y a una coalición encabezada por los falangistas, del otro.

## R.I.P. para Falange

El Teatro de la Comedia, donde por la tarde se representa *Tartufo* y se canta el vals *Los Ejecutivos*, congregó, el miércoles de la semana pasada, por la mañana, a la Vieja Guardia que conmemoraba el aniversario de la Falange, fundada allí mismo por José Antonio Primo de Rivera en 1933. En la calle, grupos de jóvenes enarbolaban un retrato de su héroe y cantaban *Caral Sol*; el himno de la Falange, que es uno de los Himnos Nacionales, había frenado de nuevo a los policías, forzándolos a repliegarse desde las vecinas plazas de Santa Ana y Canalejas, al comienzo y al final de la corta y estrecha calle del Príncipe, donde se encuentra el teatro.

“¡Opus no, Justicia social!”, “¡Opus-Matesa!”, gritaban. “¡No queremos Reyes idiotas, que no sepan gobernar!”, voceó un grupo, mientras la Policía les molía las costillas. La confusión aumentó al salir

Franco formó el que se supone sea su último Gabinete y, por primera vez en tres décadas, acepta la hegemonía de un grupo: el *Opus Dei*.

los veteranos, que habían escuchado una vez más el discurso de José Antonio, poético y marcial. El Diputado Ezequiel Puig resultó herido en la cabeza.

Los rebeldes, perseguidos de cerca, interrumpieron el tránsito en las calles de Alcalá y en la Gran Vía (que lleva el nombre de José Antonio); se alejaban cantando la vieja melodía que en otros tiempos llevó a la victoria —y a la muerte— a una juventud generosa y a un Ejército.

En realidad, era un responso: la Falange murió legalmente hace tres años, cuando una nueva Ley Constitucional definió al Movimiento Nacional. "Comunión de los españoles en los ideales que dieron vida a la Cruzada", y diluyó en él a las fuerzas políticas que la sirvieron.

Fue entonces, en diciembre de 1966, cuando comenzó a volar el rumor de una crisis ministerial, pero Franco decidió que los miembros de su Gabinete debían agotar un proceso que sólo culminaría con el nombramiento de su sucesor.

Al año siguiente, en noviembre de 1967, el Gobierno se veía obligado a devaluar la peseta y dictar un plan de estabilización, interrumpiendo bruscamente otro de desarrollo, que había despertado cierto optimismo. Se creyó entonces que los responsables del fracaso renunciarían, que el equipo económico sería reemplazado. Pero el Gobierno parecía invulnerable y se comportaba con seguridad y calma.

A comienzos de 1969, sin embargo, se había agudizado la tensión entre los grupos de la coalición gubernamental: tecnócratas, falangistas y democristianos. Los tecnócratas, que postulan una franca adhesión al neocapitalismo, vetaron las exigencias de la Organización Sindical, que agrupa a 10 millones de obreros y empresarios —encuadrados corporativamente— y gasta un presupuesto anual de 30.000 millones de pesetas; a su juicio, existía el peligro de que esa fuerza se convirtiera en un Estado dentro del Estado, si no la controlaban con firmeza.

Querían que su Presidente fuera nombrado por el jefe de Gobierno y tuviera categoría de Ministro, con lo cual sería obligatoriamente solidario con las decisiones económicas y sociales que ellos adoptaban. Unos sindicatos poderosos, independientes del Gobierno, serían un peligro, a la muerte de Franco. "Podríamos encontrarnos aquí —me dijo hace meses uno de los Ministros tecnócratas— con problemas semejantes a los del Gobierno argentino con la CCT. Tenemos que evitarlo a toda costa."

En julio, Franco sorprendió a los españoles nombrando sucesor al Príncipe Juan Carlos de Borbón —nieto del último Rey, Alfonso XIII— después de haber eliminado a otro pretendiente, el Príncipe Carlos Hugo de Borbón-Parma, a quien expulsó del país por permitirle actividades políticas. En las montañas de Navarra los carlistas, que habían contribuido a la victoria de Franco en la Guerra Civil, se sintieron traicionados. Pero no reaccionaron.

Juan Carlos era el candidato de los Ministros tecnócratas encabezados por el profesor Laureano López Rodó, Ministro Comisario del Plan. Educado para Rey por sus profesores del Opus, bajo la vigilancia de Franco, el Príncipe era garantía de continuidad.

Los falangistas, partidarios de una República presidencialista, habían confiado siempre en que Franco no designara sucesor. Como cuentan con mayoría en las Cortes, se proponían elegir a un Regente militar que abriría paso a la República. Demostraban ignorar cuáles eran los verdaderos resortes del poder.

Cuando Franco les presentó el sucesor y les pidió su voto, sólo un puñado de Diputados se atrevió a desafiar su voluntad, y los tecnócratas, que navegaban con viento a favor, sonrieron satisfechos. Era la hora de intentar un Gobierno "homogéneo", sin falangistas que obstaculizaran su acceso al control total del Estado. "En octubre, después de las vacaciones de verano, nos quedaremos solos", profetizaron.

### "A Dios rogando..."

Para impedirlo, se movieron ciertos hilos que hicieron estallar un grave escándalo, a principios de agosto. En sólo cuatro años, Juan Vilá Reyes, un ejecutivo catalán de nuevo cuño, director de la compañía Matesa, había recibido créditos del Estado por un total de 13.000 millones de pesetas (65.000 millones de pesos argentinos) para exportar unos telares sin lanzadera. En poco tiempo, su imperio se extendió por una docena de países, desde USA a la Argentina y desde Alemania a Sudáfrica. Cuando el caso se divulgó, era deudor de 9.000 millones de pesetas.

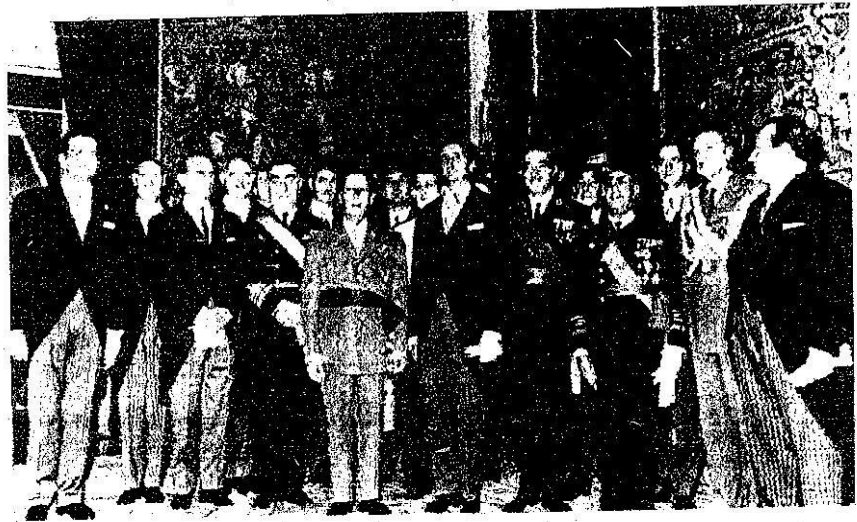
La prensa falangista, al develar estos hechos, trató de extraerles su proyección política. Los generosos

escasa solvencia, no pudieron obtenerse sino con el conocimiento doloso de altos funcionarios del equipo económico, a quienes que fueran, simplemente, una prueba de irresponsabilidad, igualmente condenable. La censura no contrarrestó esa campaña.

Mientras los tecnócratas pugnaban por localizar el incendio, o sumergirlo en los cauces administrativos y legales, donde reina el sigilo, los falangistas intentaron abrir un debate parlamentario. En un momento dado, ambas partes cayeron en la cuenta de que podían perder el control de los hechos y poner en peligro la estabilidad del régimen; la tregua se pactó en la sobremesa de un largo almuerzo. Los falangistas aceptaron poner sordina, a cambio de que se diera vía libre al proyecto de ley sindical, bloqueado desde principios de año. Estaban eufóricos: habían despreciado a sus adversarios y, al cabo, obtenían su ley.

De nuevo se equivocaban; el proyecto pasó a las Cortes con un aditamento: la pérdida de la independencia sindical. El presidente de la os —decía el artículo 30— será nombrado por el Jefe de Gobierno e integrará el Gabinete; a su vez, designará a los 50 dirigentes máximos, de segura lealtad al régimen.

"Contamos con el aparato gremial y con 150 Diputados a Cortes", me aseguró un líder obrero. "Vamos a dar la batalla para reformar ese artículo, de modo que nuestro presidente sea propuesto al Gobierno y no impuesto desde arriba."



El nuevo Gabinete: Ceremonia inaugural en El Pardo.

Empezó la ofensiva. Un día tras otro se fueron reuniendo los Consejos Provinciales de trabajadores y exigiendo al unisono la reforma del artículo 30. Las Asociaciones Católicas Obreras iban más lejos: "El proyecto de ley sindical —decían— niega los derechos naturales y fundamentales de la persona humana; niega la representatividad, independencia, autonomía, los derechos de reunión, expresión y asociación". Un torrente de papel llovió sobre las Cortes: se presentaron más de un millar de enmiendas.

### Monopolio político

Pero he aquí que Franco corta de un tajo el nudo gordiano y, por primera vez en 33 años de Gobierno, pone fin a los Gabinetes de coalición, entregando todos los resortes del poder a un solo grupo.

El miércoles último, al tiempo que se desembarcaba de José Solís, líder de los sindicatos y del sector falangista desde hace 16 años, nombró a Enrique García del Ramal para presidente de la os y Ministro sin cartera. Deja constancia, así, de su voluntad y de la forma como deberán acatar los legisladores el abolido artículo 30. Después de esta, parece difícil que el proyecto encuentre una resistencia efectiva en las Cortes.

La elección de la persona que conducirá a los sindicatos en su nueva etapa no puede ser más significativa: el ingeniero García del Ramal dirige cuatro grandes empresas mineras; presidía la rama patronal metalúrgica y la representó durante veinte años en el Parlamento.

Con él, 19 Ministros flanquean a Franco, Jefe de Estado y del Gobierno; en los primeros rangos se mantienen el Vicepresidente, almirante Luis Carrero Blanco, su íntimo colaborador durante treinta años, y López Rodó, que sigue a cargo del Plan de Desarrollo.

pez Rodó tiene el equilibrio, el "seny" de los catalanes; miembro destacado del Opus, formó y tuvo a su lado en estos años a cuatro de los nuevos miembros del equipo económico: Vicente Mortes (Vivienda), José María López de Letona (Industria), Tomás Allende (Agricultura) y Alberto Monreal (Hacienda). También el flamante Ministro sindical colaboró estrechamente con él. Jefe virtual del Gabinete, está habilitado, mejor que nunca, para llevar adelante su política económica dentro de los cánones ortodoxos del Fondo Monetario Internacional. En cuanto a Gregorio López Bravo, un ingeniero naval que hasta ahora fue Ministro de Industria, sustituye a Fernando María de Castiella en la dirección de la política exterior, la cual, por lo tanto, queda también situada bajo el signo de lo económico.

Alfredo Sánchez Bella, reemplazante de Fraga en el Ministerio de Información y Turismo, es un político realista; su capacidad de trabajo, su experiencia internacional —fue Embajador en Bogotá y en Roma— se ponen al servicio de una doble e importantísima tarea: a través del departamento de Información, dominará la prensa, en cuanto al turismo, es la principal fuente de ingresos de España (1.200 millones de dólares por año).

Queda en el Gabinete un socialcristiano, Federico Silva Muñoz, que se distinguió como Ministro de Obras Públicas, e ingresan dos falangistas: Licio de la

Fuente, en Trabajo, y Torcuato Fernández Miranda, en la cartera del Movimiento Nacional.

Dos falangistas moderados y un socialcristiano no alcanzan —salvo simbólicamente— a disimular la hegemonía completa del Opus. El diario Ya, órgano socialcristiano, amonesta: "Gobiernos monocolors, o que prácticamente lo sean, por el predominio de un grupo dentro de ellos, son admisibles únicamente allí donde existen Partidos que, desde afuera, en el Parlamento, controlan, limitan y contrapesan al que está en el poder; sin esa condición, el Gobierno homogéneo es simplemente la fórmula del monopolio político".

Es una grave toma de posición por parte de un sector católico que siempre colaboró con Franco; como los falangistas, como los carlistas hace diez meses, se coloca en una actitud crítica que se ha de reflejar en las Cortes. Algunos observadores presumen que será preciso gobernar por Decretos-Leyes.

Entretanto, en el País Vasco, se han sucedido durante cuatro días los paros y tumultos por la condena a muerte de Adolfo Arrizabalaga, un joven militante del movimiento nacionalista revolucionario (ETA), a quien se acusa de ser el autor intelectual de un atentado contra la Guardia Civil. Las policías bravas de aquella región han dispersado a tiros a las manifestaciones de protesta: se cuentan un muerto y cinco heridos graves.

El viernes, reunido por primera vez el nuevo Gabinete, la pena de muerte contra Arrizabalaga fue conmutada por 30 años de cárcel.

Pero los Ministros que se formaron en el espíritu ascético del Opus Dei no se sienten inquietos ante los problemas inmediatos. Recuerdan el consejo de su director espiritual, monseñor Escrivá, quien les dice en una página de Camino: "Créate ante los obstáculos. La Gracia del Señor no te ha de faltar. Pasarás a través de los montes. ¿Qué importa que, de momento, hayas de recortar tu actividad, si luego, como muelle que fue comprimido, llegarás sin comparación más lejos que nunca soñaste?"